

contra los otros; pero no llegó el caso de hacerlo, porque sucumbieron él y su hermano por mano del mismo Alboino, quedando en el campo la mayor parte de su gente. Fué esta una de las batallas mas sangrientas que se vieron en aquel largo periodo de movimiento, traslaciones y colisiones de pueblos y razas enteras; los contemporáneos la compararon con la gran batalla contra los hunos en las llanuras de Chalons, y parece que quedaron muertos en el campo segun unos 40,000 y segun otros 60,000 combatientes. Con esta batalla acabaron para siempre el reino y el pueblo gépido en el año 567; porque los pocos que sobrevivieron fueron repartidos por los longobardos como esclavos. La hija de Cunimundo, Rosimunda, pasó á ser de grado ó por fuerza esposa del matador de su padre, el rey Alboino. Algunos pocos gépidos pudieron escaparse y pasar á Constantinopla, entre ellos Reptila sobrino de Cunimundo con el tesoro del rey; los que quedaron en el país fueron propiedad junto con este de los avars, entre los cuales desaparecieron.

Los bizantinos, como en su tiempo Tácito, se regocijaron al ver que la furia fratricida de los germanos les había des-  
embarazado de otro pueblo.

### CAPITULO III

#### LOS RUGIOS, ESCIROS Y TURQUILINGOS

Estas tres tribus germánicas se citan casi siempre juntas y por primera vez como establecidas en la desembocadura del Oder á orillas del Báltico, de donde fueron arrojadas segun tradicion por los godos. El siglo v las encuentra á orillas del Danubio formando parte del vasto reino huno y figurando por supuesto en el ejército de Atila, bien que bajo sus caudillos naturales. Allí cita Sidonio Apolinar á los rugios mandados por su rey propio. Disuelto el imperio huno, continuaron los rugios, esciros y turquilingos en las tierras del Bajo Danubio, donde se esforzaron como los suevos y otras tribus por resistir al creciente poder de los godos. Sobre los reyes de los rugios á fines del siglo v nos da algunos datos Eugipo en su «Vida de San Severino». El rey rugio Flacciteo, deseoso de participar del botin que alcanzaban otras tribus de la cuenca del Danubio con sus invasiones en territorio romano, solicitó de los caudillos godos permiso para pasar con los suyos por su territorio romano; y como le fuese denegado, temió verse atacado y acaso muerto por los godos, mas numerosos y celosos de apartar á todo competidor de la mina que ofrecian á su codicia las provincias romanas. Gozaba de gran influencia sobre el rey rugio San Severino, hombre verdaderamente superior y aun pudiera decirse genio extraordinario, el cual con su talento y sus vastas relaciones comprendia las circunstancias confusas en que vivia, tan perfectamente y de un modo tan claro, que sus vaticinios y consejos salian siempre acertados. San Severino asombraba igualmente á la poblacion romana, angustiada por las correrías de los bárbaros, y á estos mismos que comprendian aun menos las maravillosas predicciones del santo. Este consoló, pues, al rey que aterrorizado esperaba á cada momento verse atacado y aniquilado por su atrevimiento, y le prometió que muy pronto desaparecerian los godos de aquel país, dejándole libre el campo, y que tendria un reinado feliz si en todo seguia sus consejos y especialmente si dejaba en paz á sus vecinos. En efecto sucedió lo que el santo habia previsto, y el rey acabó sus días pacíficamente. Su hijo y sucesor Feleteo (llamado tambien Feva) respetaba al santo como habia hecho su padre, pero su malvada esposa Gisa le apartaba á menudo de sus propósitos bondadosos y pacíficos para con las poblaciones romanas continuamente expoliadas, y cuya

proteccion era uno de los principales cuidados de San Severino. Su solícita intervencion en favor de los católicos, á quienes la perversa reina queria hacer bautizar segun el rito arriano, y en pro de los infelices habitantes á quienes los rugios robaban para llevárselos como esclavos, fué rechazada por aquella reina con malas palabras, diciéndole que se cuidara de sus oraciones metido en su celda y dejase hacer á los reyes lo que quisiesen con sus esclavos. Severino contestó que Dios pronto la obligaria á ser humana, y en efecto, el mismo día los prisioneros aurífices, á quienes la reina hacia trabajar duramente en la construccion de joyas para el rey, se apoderaron de su hijo Federico, que impulsado por su curiosidad infantil habia entrado en el taller, y amenazaron que le matarian y despues se darian la muerte á sí mismos, si álguien se acercara á ellos sin asegurarles primero la vida y la libertad con juramento solemne. La reina impía conoció que este era el castigo de Dios que el santo le habia pronosticado si despreciaba sus avisos, y rescató al muchacho cumpliendo con la exigencia de los aurífices. Además de esto habla el reducido escrito de Eugipo de varios acontecimientos que en vida de su protagonista ocurrieron en los países del Danubio; como la retirada de las últimas guarniciones romanas, y las incesantes devastaciones que suevos, rugios, hérulos, alamanos y turingios perpetraron á porfia en los territorios abandonados, saqueando y destruyendo ciudades é iglesias. En medio de estos horrores, nos presenta el autor al piadoso y sabio Severino, esparciendo por donde pasaba bendiciones, auxilios, paz y consuelo, curando enfermos, fundando conventos y ermitas de anacoretas, exhortando á los alamanos paganos como á los rugios arrianos á tener caridad, solicitando el diezmo para los pobres, avisando á las poblaciones romanas cuando los bárbaros fraguaban alguna sorpresa, intercediendo por ellas con su poderosa dialéctica, y aprovechando su influencia con los caudillos solo para los desgraciados, jamás para sí; todo esto sin estar revestido de ninguna dignidad ni civil ni eclesiástica, solo por la fuerza de su fe y méritos personales.

Siguiendo el consejo de este santo, los habitantes de muchos puntos amenazados de estas frecuentes sorpresas se habian refugiado en la ciudad de Lorch, huyendo de las asechanzas del rey rugio, el cual aparentando quererles proteger contra los turingios y alamanos, pretendia en realidad llevárselos como botin vivo. Viendo el rey que no entraban en la trampa, resolvió coparlos de una vez en Lorch, á cuyo fin marchó hácia esta ciudad con grandes fuerzas. Severino á petición de los habitantes salió al encuentro del rey para hacerle desistir de su empresa recordándole el feliz reinado que su padre habia tenido porque siempre habia seguido sus piadosos consejos. A esto le contestó el rey: «¿Seré yo tan tonto que abandone toda esta gente á los feroces alamanos y turingios para que los roben, los maten ó se los lleven como esclavos cuando me sobran ciudades y castillos donde meterlos?» A lo cual le replicó el santo: «Si hasta hoy han salido ilesos de muchos ataques, no ha sido ciertamente porque tus flechas, espadas y brazos humanos los hayan preservado, sino por la voluntad de Dios.» El final fué que el rey se retiró con su ejército, y mediante cierto grado de sumision se libraron los infelices de ser llevados á la durísima esclavitud de los rugios, quedando San Severino encargado de ellos por orden del rey. Antes de morir el santo, pidió ver todavia una vez á los regios consortes á quienes exhortó á gobernar á sus súbditos con la constante idea de que de todo habrian de dar algun día cuenta á Dios. A la reina en particular habló con suma franqueza. Habiale visitado tambien, segun era costumbre, el hermano del rey, Ferderuco, cuando se instaló en la ciudad de Faviana (hoy Mauer)

junto á la cual vivia el santo, y que su hermano le habia cedido probablemente como señorío para gobernarla en su nombre y vivir de sus rentas. San Severino, que veia aproximarse su fin, le amonestó con la amenaza del castigo divino, á que no pusiera la mano despues de su muerte sobre los recursos y bienes de la iglesia, reunidos por él para socorrer á los enfermos y prisioneros. Así se lo prometió Ferderuco solemnemente y no faltó tampoco á su promesa mientras vivió el santo; pero apenas hubo pasado á mejor vida, cuando el príncipe, tan pobre como impío, robó todo cuanto encontró, las ropas destinadas á los pobres y todo lo demás, dejando del convento de Faviana solo las paredes desnudas. Un mes despues fué asesinado por su sobrino Federico, en cuyo crimen todos vieron cumplido el castigo con que el santo le habia amenazado.

Este asesinato debió de ser causa de divisiones interiores, y ciertamente lo fué de la ruina y desaparicion del reino y pueblo rugio, porque sirvió de pretexto á Odoacro para intervenir y declarar la guerra á los rugios. Hízola con tanta suerte, que se llevó al rey Feva con su reina á Italia, echó al príncipe Federico del país, y cuando volvió le hizo arrojar por segunda vez por su hermano Onulfo. Federico se refugió al lado del rey de los ostrogodos á quien acompañó á Italia en su campaña contra Odoacro, para abandonarle despues pasándose á los romanos por motivos que no se saben. Onulfo, asistido por un jefe romano llamado Pierio, fué por orden de su hermano en busca de los habitantes romanos de los países que baña el Danubio para restituirlos en 488 á Italia, lo cual celebraron todos como la salvacion del yugo de los bárbaros anunciada por San Severino cuando vivia.

### CAPITULO IV

#### EL REINADO DE ODOACRO.

Odoacro, que acabó con el imperio de Occidente, y llegó á someter á su dominio la Italia, donde fundó su efímero reino muy diferente del de Teodorico su vencedor y sucesor, era probablemente hijo de la tribu de los *esciros*, la cual con los rugios y turquilingos se trasladó desde las orillas del Báltico al Danubio, donde fué sometida como sus vecinos por los hunos, y figuró como estos en el ejército de Atila en el año 451. Destruído el poder huno, se establecieron los esciros en 453 en la Mesia Baja al lado de las tribus alanas. En vano trataron allí en combinacion con los rugios y otros vecinos de oponerse á la creciente preponderancia de la raza goda, guiados por dos caudillos suyos, Edica y Wulfo. Un autor anónimo, el del *Valesio*, que es el que mas enterado parece de los sucesos de aquel tiempo, dice que Odoacro era hijo de este Edica. La «Vida de San Severino» refiere que: «á San Severino se presentaron un día bárbaros para pedir su bendicion antes de emprender una excursion á Italia. Entre ellos se hallaba Odoacro que despues fué rey de este país, jóven entonces y muy gallardo, bien que pobremente vestido.» De este pasaje, en el cual se menciona solo accidentalmente á este personaje histórico, se infiere que no podia ser hijo de ningun reyezuelo de su tribu, porque por poco que estos caudillos se distinguiesen de su pueblo, siempre se habria mencionado su cuna y calidad privilegiada. Tambien la habria sabido por otra parte Procopio, que dice en un punto de su historia: «Entre estas tropas auxiliares figuraba tambien un piquero del emperador, un tal Odoacro.» Cuando al entrar en la ermita de San Severino este vió que el jóven habia de bajar la cabeza para no tocar al techo, le predijo el santo que le aguardaba mucha gloria en el país al

PUEBLOS GERMÁNICOS Y ROMANOS

cual se dirigia, y le despidió con estas palabras: «Vé á Italia; ahora cubren tu cuerpo pieles rudas y ordinarias, pero pronto repartirás abundantes dádivas á mucha gente.» Cuando Odoacro se hubo elevado al trono, se acordó de esta profecía é invitó al santo á que le pidiera un favor; el santo le pidió amnistia para un desterrado.

Resulta de todo esto que Odoacro llegó á Italia, donde tomó servicio en el ejército imperial, como simple guerrero, con otros compañeros, esciros, alanos y godos; y véase lo que pasó segun Procopio: «A medida que adquirieron importancia los bárbaros en el ejército y en general en el imperio, perdieron la suya los guerreros romanos. Los bárbaros, bajo el bonito nombre de confederados ó aliados, tiranizaban á todo el mundo, y despues de infinitas exacciones acabaron por pedir el reparto de todo el territorio de Italia entre sus individuos. Despues exigieron de Orestes, padre del jóven emperador Rómulo Augústulo, que les diera siquiera la tercera parte de las tierras, y cuando rechazó su pretension, le mataron. Entonces salió uno de ellos, llamado Odoacro, prometiéndoles cumplir con su deseo si le ayudaban á subir al trono. Así lo hicieron, y una vez nombrado rey asignó al emperador destronado una cantidad de 6,000 sueldos y le dejó vivir en paz como simple particular. A los bárbaros les repartió la tercera parte de las tierras, con lo cual ganóse su favor y pudo reinar diez años.»

Pocos son los datos que tenemos sobre su reinado. Conociendo muy bien lo precario de su posicion, procuró, ante todo, dar un barniz de legitimidad á su dominio y mejorar su situacion respecto del pueblo italiano, del senado de Roma y del emperador de Oriente, segun se desprende de la siguiente relacion de *Malchus* (Malco): «Cuando Augusto, el hijo de Orestes, supo que Zenon habia recuperado el trono del imperio de Oriente, expulsando á Basilisco, obligó al senado á enviar al emperador una embajada para declararle que los italianos no necesitaban un emperador especial; que un solo emperador bastaba para ambas mitades del imperio; que conforme con este pensamiento el senado habia elegido á Odoacro, persona muy capaz como hombre de Estado y de mando, para proteger el Occidente, y que en su consecuencia rogaba al emperador, que concediera á Odoacro la dignidad de patricio y la administracion de Italia. Nombróse una comision del senado que pasó á Constantinopla para presentar esta solicitud; pero al mismo tiempo llegaron tambien á la corte imperial mensajeros de Nepote, para felicitar á Zenon con motivo de su restauracion y rogarle al propio tiempo que auxiliara á su amo con dinero y tropas para recobrar su trono, alegando que Nepote habia tenido la misma desgracia que Zenon y se habia visto obligado á dejar su residencia de Rávena, huyendo de Orestes á Dalmacia. Sobre esto contestó Zenon á los embajadores del senado: que el imperio de Oriente ya les habia dado dos emperadores, de los cuales habian expulsado á uno, á Nepote, y muerto al otro, es decir Autemio. A la sazón les tocaba á ellos ver lo que convenia hacer, porque existiendo todavia uno de estos dos emperadores, exigia el decoro llamarle otra vez y reinstalarle en su puesto. A los enviados especiales de Odoacro contestó que su amo debia dirigirse al emperador Nepote para solicitar de él la dignidad de patricio; y que él se la otorgaria si Nepote no se apresuraba á conferírsela. De paso alabó á Odoacro por haber empezado á proceder á la manera de los romanos, por lo cual esperaba que reinstalaria tambien á la mayor brevedad al emperador Nepote, si es que queria obrar con rectitud, tan luego como este le hubiera investido de la dignidad que solicitaba. En la carta que decia esto, trataba el emperador á Odoacro ya de patricio. Así auxilió Zenon á Nepote, porque se acordaba de su propia é idéntica des-